

¿QUÉ LE PASA A LOS HOMBRES?

A PROPÓSITO DE LAS DINÁMICAS IDENTITARIAS MASCULINAS
EN LA MODERNIDAD TARDÍA

ANTONIO AGUSTÍN GARCÍA GARCÍA
*PROFESOR DEL DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA V
DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID*

Recepción: 30-09-08

Aceptación: 07-10-08

RESUMEN

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS SE HA POPULARIZADO LA IDEA DE QUE LA MASCULINIDAD ESTÁ EN CRISIS. ES UN DIAGNÓSTICO QUE APARECE EN MULTITUD DE DISCURSOS SOCIALES Y QUE DESDE UN PUNTO DE VISTA SOCIOLÓGICO DEMANDA UN ANÁLISIS MÁS ELABORADO QUE NOS AYUDE A ENTENDER QUÉ ESTÁ PASANDO EN TORNO A LAS MASCULINIDADES CONTEMPORÁNEAS. EL PRESENTE ARTÍCULO PRETENDE APORTAR UNA SERIE DE HERRAMIENTAS TEÓRICAS QUE FACILITEN ESTA LABOR Y PARA ELLO DEVUELVE LA MASCULINIDAD MODERNA A SU CONTEXTO HISTÓRICO DE EMERGENCIA PARA RASTREAR LA LÓGICA QUE SUBYACE A LOS PROCESOS DE ENCARNACIÓN MASCULINA DE LOS VARONES HETEROSEXUALES DE CLASES SOCIOECONÓMICAS MEDIAS. COMO CONCLUSIÓN, SE PRESENTA UN MODELO ANALÍTICO CAPAZ DE DAR CUENTA DE LAS ENCARNACIONES MASCULINAS HERMÉTICAS Y TOZUDAS QUE PODRÍAN EXPLICAR ALGUNOS DE LOS PROBLEMAS SOCIALES DE LAS RELACIONES DE GÉNERO ACTUALES.

PALABRAS CLAVE:

MASCULINIDAD, MODERNIDAD, CRISIS, RELACIONES DE GÉNERO, ENCARNACIÓN.

INTRODUCCIÓN

¿Qué le pasa a los hombres? Hace tiempo que esta pregunta resuena aquí y allá. En los medios de comunicación ensayan respuestas, pero es más interesante cuando se oye la pregunta en el transporte público o en conversaciones entre amistades. Es difícil precisar si siempre se cuestionan por lo mismo. Lo que se comprueba es que casi siempre son mujeres las que lanzan la cuestión y cuando hay algún varón suele ponerse a la defensiva. Casi siempre la discusión se apaga en una suerte de consenso: están —estamos— en crisis. No podemos abrazar sin más esta respuesta. Primero, porque tal y como se nombra la noción de crisis aparece más como excusa que como explicación de nada —caja negra en la que

todo queda resuelto sin haber dicho demasiado—. Segundo, porque la idea de crisis —tal y como se nombra en el discurso popular— ni permite señalar las aristas y las actuales diatribas que atraviesan los varones en la componenda de su masculinidad, ni agota la experiencia que como seres con género tenemos los varones en este inicio de siglo. Dicho más claro, no se trata de negar la profunda transformación de los modelos de identificación de género y las relaciones en las que se fraguan, pero hemos de tomar más en serio lo que se dice cuando se pregona que la masculinidad está en crisis y no hacer de ella una respuesta sino el origen de una pregunta. ¿Por qué los hombres están en crisis? ¿Todos los hombres están en crisis? ¿En la misma crisis? ¿Qué crisis?

Volvamos a la primera pregunta. ¿Qué le pasa a los hombres? Los discursos que se amalgaman en torno a ella distan de ser coherentes o señalar en una sola dirección, buena muestra de ello es lo que aparece en la pantalla de nuestro ordenadores si tecleamos esta cuestión en un buscador de internet¹. Pronto asaltan miles de entradas que remiten a páginas web en la que se conjuga la hombría y sus diatribas. Quedándonos con las primeras diez entradas —que pueden reducirse a cuatro porque algunas son referencias cruzadas— ya podemos ilustrar esta mirada semántica. La primera es sorprendente por tosca, la pregunta se completa: «¿Qué les pasa a los hombres... cuando ven una tía?» Una presentación de diapositivas nos muestra una mujer con menos ropa a cada clic. El chascarrillo termina con la respuesta «Pues los hombres hacemos la ola» que se acompaña de una imagen de una docena de varones desnudos cuyos penes saltan rítmicamente —haciendo la ola— fruto del ingenio informático. La segunda, bien diferente, nos lleva a un artículo de Soledad Gallego-Díaz (*El País*, 23 de marzo de 2008) en el que se pregunta por la poca implicación de los varones en la lucha contra la violencia de género y cómo siguen entendiendo el problema como algo individual y, por tanto, la violencia como algo que les es ajeno y no debería tratarse, pues les ofende, con referencias al grupo, a los varones. La tercera entrada novedosa remite a la bitácora del *Doctor Corazón te responde* —blog en el que un sexólogo intenta responder a las preocupaciones vertidas por internautas— y a una pregunta lanzada por una mujer que no sabe por qué los hombres no quedan con ella y los que lo hacen son incapaces de establecer las relaciones de intimidad que ella busca. Resultan tan interesantes las respuestas de otros internautas como la del propio Doctor. Apuntan a un cambio de modelos, algún varón airado dice que la culpa es de ellas, una mujer señala que el problema está en que las nuevas identidades femeninas tejidas desde la independencia no pueden resistir el antiguo modelo de enamoramiento. Resuena en todas una especie de lucha de los sexos en la que varones y mujeres no piensan ni sienten

en los mismos términos. Por último, el cuarto grupo de referencias remite al próximo estreno de una película norteamericana cuyo título han traducido como *Qué le pasa a los hombres* (Ken Kwapis 2009). Lo sorprendente en este caso es que el título original, *He's Just Not That Into You*, difícilmente resiste esta traducción.

¿Es posible mantener que estas entradas tienen algo en común? ¿Qué nos dicen de las diatribas actuales de la masculinidad? Resulta interesante que la red reproduzca esa suerte de esquizofrenia en torno a las noción de masculinidad que postula E. Jameson (1996) como rasgo del giro cultural en el capitalismo tardío. El chascarrillo se hermana con la reflexión, los problemas de quienes quieren establecer relaciones de intimidad con los productos de la cultura popular. En esta mirada de discursos no sólo se puede corroborar la importancia y repercusión social de la preocupación por el cambio y confusión de los varones —que tan bien capta el ingenio de los distribuidores cinematográficos para tomarla como título diseñado para el mercado español—, sino que en ellos se trenzan algunos de los principales mimbres que hemos de conjugar para una explicación que aspire a profundizar en esta problemática. En el modo en el que los agentes sociales nombran la masculinidad en esta breve glosa de discursos ciberespaciales pronto se reconoce la relevancia de la conexión sexualidad-poder en el desarrollo de las identidades sexuadas (Brittan 1989) —esa reducción de la masculinidad a su emergencia eréctil, voracidad sexual que lleva a los hombres a ocupar el polo activo en el juego del deseo—. Pero además, esa conexión se ordena y en cierto modo jerarquiza por medio de la firme creencia en la pervivencia de una diferencia naturalizada entre varones y mujeres (Welzer-Lang 2000) —que en su extremo se ve en esos hombres que sucumben a su biología enfrentados a la visión de la belleza física femenina, pero que también atraviesa los conflictos de la vivencia de las relaciones de intimidad entre varones y mujeres cuando se entienden como colectivos con deseos diferentes y diferenciales—. Aún en el cruce de estas dos dimensiones se percibe

¹ En este caso me baso en una búsqueda realizada en el portal en español de google.com realizada el 1 de septiembre de 2008.

una tercera, entendidos como diferentes pero a su vez igualados —dentro de cada categoría— por una naturaleza biológica que dirige la entrada a la identidad sexuada, masculinidad y feminidad se constituyen como categorías políticas (Whitehead 2002) en tanto que definen posiciones sociales y políticas, acceso a formas de ciudadanía y privilegios —en este sentido podemos entender el conflicto que señala Gallego-Díaz y la incapacidad masculina para ocupar una agencia apropiada y responsable en el problema de la violencia de género, pero de nuevo resuenan en las otras entradas comentadas cuando esas posiciones se embarran en el espacio de la intimidad y el deseo—.

Ahora bien, estas dimensiones que se enredan en el despliegue de la masculinidad pueden resultar anecdóticas o incluso contradictorias cuando se reconocen en mensajes tan dispares y enfrentados como el chiste sexista y la reflexión periodística en torno a un problema social de la magnitud de la violencia de género. Podemos, en cambio, proponer una explicación que las conecta y nos permite, en esa vinculación, alcanzar en su grosor las diátribas contemporáneas de la masculinidad y las relaciones de género aportando así elementos para sopesar qué le pasa a los hombres del nuevo siglo. Para ello es necesario anclar nuestro análisis tanto en el desarrollo histórico de la masculinidad actual —lo que nos lleva a fundear en la constitución de la modernidad y su lógica de las identidades— como en el carácter contextual y situado del despliegue de las masculinidades vividas —o lo que es lo mismo, a replantear el modo en el que la masculinidad es encarnada por los agentes sociales—. En las siguientes páginas reconstruiremos las bases de

un acercamiento sociológico a las masculinidades heterosexuales de clases socioeconómicas medias² capaz de dar cuenta de estos dos factores para ya en la conclusión recalar en las tensiones actuales en las que están enredadas las masculinidades y proponer un modelo explicativo capaz de dar cuenta de qué le pasa a los hombres.

HACÍA UNA DEFINICIÓN DE LA MASCULINIDAD MODERNA

El primer punto en el que tenemos que detenernos es en lo que nombramos con la noción de masculinidad. La masculinidad es esquiva. Lo es ya, en primer término, en lo que los varones nos cuentan de su propia experiencia como seres con género. La masculinidad se diluye en las auto-representaciones de los varones y, aunque son capaces de señalar la feminidad y su diferencia con ella, se convierte en un vacío en el modo de enunciarse y encarnarse³. Dicho más claro, cuando se pregunta por la propia masculinidad los agentes sociales no son capaces de darle un contenido específico en su discurso más allá de demarcarla de aquello que no es. Pero tampoco es sencillo alcanzarla desde los acercamientos sociológicos. Las masculinidades vividas exceden aquí lo mismo que dejan incompleto allá cualquier modelo por exhaustivo que éste sea. Y es que la masculinidad no es una sustancia. No lo es de corte biológico; parafraseando la célebre frase de S. de Beauvoir, el hombre no nace, se hace. Tampoco es una sustancia social ajena a los procesos en los que se moviliza. Como recuerda M. Kimmel (1997) en su estudio de la masculinidad norteamericana, «[al] poner la hombría en contexto histórico se presenta de modo diferente, como una colección de sentidos en constante cambio que construimos a

² Uno de los errores más habituales en el tratamiento de la crisis de la masculinidad es el de considerar que se está hablando de todos los varones. Además de contravenir las posibilidades de una sociología de las sociedades complejas en las que vivimos, un acercamiento tan global excedería las estrecheces de un artículo. Por ello es importante enfatizar el alcance de lo que aquí se mantiene. Nos centraremos en la posición de privilegio en la estructura de los sexos, esto es, en los varones que se auto-definen como heterosexuales y cuyas características socioeconómicas los sitúan en el centro mismo del entramado social. Más adelante aparecerán las razones de esta limitación, pero es importante que se tome lo aquí expuesto como una explicación de este colectivo de varones en el entorno, también localizado, de las sociedades capitalistas occidentales.

³ Esta es una de las líneas analíticas que se desprende de mi trabajo de tesis ya en fase de finalización *Modelos de identidad masculina: representaciones de la virilidad española (1960-1999)*. En el contexto de esta investigación doctoral se multiplican los ejemplos que ilustran esta idea. En las entrevistas y grupos de discusión, la masculinidad no se puede precisar, cuando se pregunta por ella asalta la sorpresa. Valga de ejemplo lo que decía un varón de 32 años: «... te juro que es que jamás me hubiera imaginado que me hicieran esa pregunta. Es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser, de, de, de que es ser un ser humano. O sea, no, no, nunca me he planteado qué es ser un hombre». De ahí que se diga que la masculinidad es un vacío o una categoría esquiva en los discursos sociales.

través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con otros y con nuestro mundo. La hombría nunca es estática, nunca atemporal» (1997: 5). La masculinidad sólo es alcanzable para el análisis social cuando se considera como un proceso abierto en el que son tan importantes los sentidos culturales que circulan en torno a ella como las dinámicas en las que esos sentidos son encarnados, ordenados y significados por los agentes sociales que la activan en sus (des)identificaciones y relaciones de género. En este sentido, la masculinidad occidental puede entenderse como una dinámica de (des)identificación sociocultural.

La masculinidad remite entonces, en primer término, a un modelo de identificación. Definido como el conjunto de sentidos socioculturales que se anudan en torno a una categoría identitaria —en este caso la masculinidad—, para encontrar las raíces de la hombría occidental contemporánea tenemos que fondear en el proceso histórico de constitución de la modernidad (Mosse 2000). Volver sobre la historia de esta construcción del modelo de masculinidad actual tiene una doble finalidad. Por un lado, cuando encontramos las bases históricas de nuestras identidades de género, demostramos el carácter construido y contextual de nuestras identificaciones. Es difícil entonces seguir manteniendo la idea de un origen puro, la idea de un principio biológico o cultural que nos agota o explica. Nuestras expresiones genéricas se forjan en un proceso y, si bien es cierto que no por ello dejan de ser menos reales, menos problemáticas o menos resistentes —en cualquier caso, no por ello dejan de ser parte constitutiva de lo que somos—, podemos perseguir su lógica, tensarla y señalar los puntos de apertura por los que revisar nuestros modelos de convivencia.

Pero aún más interesante es volver sobre la historia para encontrarnos con los procesos en los que se estabilizó este modelo de identificación y ahí señalar las aristas de una forma de entendernos como seres con género. Entre los siglos XVI y XVIII se puede trazar la historia de una profunda transformación de las formas de vida en occidente amparada en el cambio de la organización político-social y del pensamiento científico-filosófico. De modo muy esquemático podemos resumir esta revulsión de la

vida siguiendo el análisis de Elias (1987) como un proceso de civilización en el que, como resultado de la emergencia de los monarcas absolutos y los Estados-Nación europeos y su monopolio legítimo de la violencia, hace que las antiguas rutinas y rudimentos medievales entren en conflicto con las nuevas formas de vida social donde son mucho más importantes las relaciones y maneras. Aparece así un nuevo modo de ser, una nueva humanidad que termina por ser un proceso de individuación en el que cada vez es más importante la observancia del sí mismo y una conciencia más clara de quien se es y quienes son los demás. En paralelo, también los modos de pensamiento cambiaron. La nueva humanidad tan atenta a sí misma como no lo había estado nunca empieza a hacer de ella misma el centro del pensamiento. Como analiza Foucault (1968), la *episteme* analógica que presidió el pensamiento clásico y que atravesaba con su mirada el mundo en busca de semejanzas y simpatías entre las cosas, hallando una especie de armonía cósmica que terminaba por hermanarlo todo —aunque fuera desde la imagen de una jerarquía presidida por la deidad—, es sustituida gradualmente, y a partir del siglo XVI, por otra basada en la diferencia. Donde se habían encontrado continuidades, la nueva ciencia iba a instaurar el abismo entre lo Mismo y lo Otro. La identidad de las cosas y su orden de complejidad inaugura el pensamiento de las dicotomías y los contrarios. Las cosas, y en su centro la humanidad, se pensarán por ellas mismas, por aquello que las hace diferentes, específicas y distintas, por aquello que las define como idénticas a sí.

Lo que nos permite avanzar en la comprensión del modelo de identificación que atraviesa la masculinidad occidental moderna es detenernos en el encuentro de este nuevo modo de ser y pensar con la diferencia sexuada. Los anatomistas y biólogos del siglo XVIII terminarán de operar el trabajo de diferenciación entre varones y mujeres cuando, en la mezcla de las nuevas técnicas de observación de la fisiología humana con las recién estrenadas metáforas del mundo como un espacio de identidades y diferencias abandonen el modelo unisexo que entendía las diferencias anatómicas de los sexos como una sola carne que se desplegaba hacia fuera o hacia

dentro y propongan la dicotomía de los sexos moderna en la que varones y mujeres se entienden como radicalmente opuestos (Laqueur 1994). Se define así una biología de la inconmensurabilidad que convierte a las mujeres en ese Otro que en su distancia, aquí construida como apego a la naturaleza y a la fuerza de una carnalidad reproductora, termina por señalar a los varones en su mismidad. De este modo, los varones, amparados en la naturaleza de su cuerpo, no sólo eran diferentes a las mujeres, sino que su acceso a la cultura y la civilización se construía como reflejo de una carnalidad distinta y en cierto modo más preparada para su control por medio de la razón y así para hacerse responsables de las decisiones y desarrollo de sus humanos asuntos.

Los términos de la paradoja —en la que se dirige la especificidad de la masculinidad como categoría dentro de la especie humana, a la vez que convierte a los varones en sujetos de privilegios en tanto que representantes de la humanidad más plena— ya han sido enunciados. Podemos ahora volver sobre los textos de la Ilustración y aún a las teorías del contrato social para señalar como tras el Sujeto racional y autónomo, en el que se basó la modernidad y su organización social, confundido con la universalidad se encuentra soterrada una determinada vinculación entre la masculinidad y la ciudadanía. A poco que atendamos a la literalidad de los textos de Locke o Rousseau —en éste no es necesario ni hacer gala de ingenio ya que traza una justificación explícita de la exclusión femenina— nos encontraremos que tras la pretendida universalidad pronto se hace evidente ya no sólo un sujeto masculino sino además un sujeto adulto, educado, blanco, europeo, cabeza de una familia heterosexual, propietario. . . El cierre del modelo de identificación masculino moderno termina de operarse cuando desde finales del siglo XVIII la diferencia de los cuerpos se hermana con los anhelos de la nueva sociedad burguesa en la producción de ideólogos y literatos que vienen a articular todas estas ideas sobre la forma «correcta» de ser hombre en torno a un estereotipo moral y social (Mosse 2000). El estereotipo de la masculinidad, entendido como una «totalidad basada en la naturaleza del cuerpo masculino» (Mosse 2000: 9) termina por prescribir por medio de una estética

un modo de ser que tiene importantes repercusiones sobre la lógica de la identidad masculinidad que llega a nuestros días y de las que destacaremos tres. En primer lugar, el estereotipo es un potente mecanismo de prescripción, esto es, no sólo propone un modo en el que desplegar la hombría sino que hace de éste «el modo» de ser hombre. Como sostiene F. Fernández-Llèbrez (2004: 30), la fuerza del estereotipo no es sólo la de la descripción —la de fijar una estela de sentidos— sino que su poder radica en el proceso de homogenización —en tanto que tipifica— que despliega en torno a la forma de «ser un hombre de verdad». Si es cierto que antes de la modernidad se pueden reconocer modelos de masculinidad como el del caballero medieval y su ideal de hidalguía, lo absolutamente novedoso es que el nuevo estereotipo ya no sólo pretende hablar de una clase o grupo de varones, sino que lo que dice bien sirve para todos aquellos que tienen un cuerpo masculino. En este sentido, podemos entender que con el estereotipo la masculinidad deviene una categoría política (Whitehead 2002: 59) al hacer de la identidad sexuada un eje de definición que agrupa a todos los varones como clase con una serie de virtudes consustanciales y así ordena y da acceso a una serie de posiciones sociales y privilegios. De tal modo que, y como segundo elemento que se anuda en el estereotipo, el modelo de la masculinidad no sólo habla de los varones sino que lo hace de un modelo de sociedad. La masculinidad moderna es una adaptación de la idea del honor del modelo aristocrático e hidalgo medieval a la nueva realidad sociopolítica, abandonado el ardor guerrero, el nuevo honor burgués es el de la responsabilidad y el control de los asuntos humanos pensando en el bien colectivo y así, la masculinidad no solo tipificó como debían ser los hombres sino que «se convirtió en una fuerza capital en el terreno de lo político o lo social, [sirviendo] también como símbolo de los ideales y esperanzas de la sociedad» (Mosse 2000: 21). Así se entiende el confinamiento de las mujeres en el espacio privado de lo doméstico, pero también la ordenación heteropatriarcal de las familias y los afectos o la estabilización del modelo del padre proveedor. Ahora bien, y como tercer elemento, para entender la tremenda capacidad que tiene el estereotipo para reglamentar

las subjetividades y las relaciones de género hemos de atender a la lógica que despliega. El estereotipo es un régimen de lo visible que hace de lo privado algo público y observable donde la apariencia se convierte en símbolo de la virtud interna (Mosse 2000: 35). De tal modo que cualquier desviación en el aspecto o la pose expresará el vicio, la salida de lo tipificado. En un orden tal de las cosas, los afueras del modelo son incluso más importantes que el estereotipo en sí pues señalan sus límites, allí donde la masculinidad se pierde. La hombría termina definiéndose por medio de la delimitación de aquello que no es, de aquello que pertenece a lo femenino, a lo salvaje, a la sinrazón. En este sentido, el estereotipo de la masculinidad asienta sus raíces en la nueva *episteme* de la escisión y la dicotomía y así trasladada la lógica de lo Mismo y la Otridad al corazón de la estabilización de subjetividades.

En definitiva, en este atropellado repaso por la historia de la masculinidad moderna, encontramos la estabilización de una dinámica identitaria que podemos resumir en dos nodos que siguen funcionando en la configuración social y subjetiva de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias. Por un lado, el anudamiento de la naturaleza de los cuerpos masculinos —frente a los femeninos— con una estructura social que se alimentan mutuamente y que en el mismo movimiento que señalan la diferencia inconmensurable entre los sexos dejan la marca de género masculina en una especie de invisibilidad que la hermana con las nociones de ciudadanía e individualidad y termina por tomar una parte —la masculinidad burguesa— como el todo —la universalidad humana—. Por el otro, la instauración de un modelo de identificación de la oposición en el que la masculinidad va a definirse por el establecimiento de los límites de aquello que no es, siendo así ya no sólo la propuesta de una marca identitaria sino el origen de toda una lógica que alcanza, define y excluye a los Otros como mecanismo en el que lo Mismo —la masculinidad— aparece como un vacío que se sustantiva desde la negación.

HACERSE CON HOMBRÍA: LA ENCARNACIÓN DE LA NORMA

Si en el repaso de la estabilización del modelo de identificación masculino moderno hemos podido señalar cómo se configura la estela de sentidos en la que enganchamos el proceso de hacerse con hombría y de paso hemos nombrado las claves un sistema de los géneros que se basa en la exclusión de todos y, especialmente, de todas las que no quedan bajo el paraguas de la «correcta» identidad masculina, no podemos pensar que con ello hemos explicado la subjetividad masculinidad contemporánea. Cuando definíamos la masculinidad como una dinámica de (des)identificación sociocultural hacíamos del modelo uno de los elementos en liza, pero la dimensión dinámica nos lleva a otra parte. Las masculinidades — ya en plural para diferenciarlas del modelo cerrado de la masculinidad estereotípica— tienen que ver con los procesos por los que los agentes sociales encarnan y viven los parámetros del ideal. Dicho más claro, que exista un estereotipo que prescribe un modo de ser varón dista mucho de negar la diversidad masculina, máxime en el entorno de las sociedades complejas en las que vivimos: el estereotipo es y ha de ser entendido, incorporado, conjugado y en definitiva encarnado en un proceso en el que la masculinidad es (re)creada en (des) identificaciones y prácticas concretas.

La masculinidad —como la feminidad— se incorpora en el corazón de la mismidad desde los primeros años de vida. Nos pensamos desde muy pronto como seres con género. Pero ya en el modo diferencial en el que constituimos nuestras subjetividades varones y mujeres aparecen elementos del ideal de la masculinidad. Podemos servirnos del análisis, ya clásico dentro de los enfoques psicoanalíticos feministas, de N. Chodorow (1984) sobre las relaciones pre-edípicas para comprender esta diferenciación. Observando las relaciones objetales que se establecen entre el bebé y la persona encargada de los primeros cuidados —generalmente la madre⁴— y sirven de basamento para la identidad

⁴ Lejos de esencializar la posición de la madre y su relación con el niño, el análisis de Chodorow se detienen en deconstruir la figura de las mujeres como cuidadoras. Si hablamos de este vínculo primero entre la madre y el niño es porque en nuestras sociedades se ha asignado a las mujeres genitoras la tarea de establecerlo, ahora bien, otras formas de organizar las tareas de cuidado de los bebés son posibles y en esa línea va parte del proyecto de esta autora.

adulta, Chodorow encuentra que mientras la madre establece una relación de simbiosis más fuerte con la niña al ver en ella una prolongación de su propio *self*, con el niño se intenta producir una ruptura que lo aboque a una identidad adulta independiente y autónoma —puede resonar esta presión sobre el varoncito en la preocupación explícita por un «enmadramiento» o «estar pegado a las faldas» en el niño, lo que pocas veces se dice de una niña—. Como resultado de ello, «[las] niñas, entonces, parecen experimentarse a sí mismas como el *self* de la fantasía de la madre; los niños, en cambio, como lo otro» (Chodorow 1984: 158). El niño es impelido a ser sujeto de deseo y exigencia, pero además en este proceso se resume la lógica de la masculinidad moderna cuando al niño se le exprese de mil modos que para ser un varón «no puede ser» como la madre. La individualidad masculina emerge así en un proceso en el que la premisa es «ser no siendo como» lo que deja sus trazas en la menor empatía que se reconoce en varones adultos —comparando con sus congéneres femeninas— o en la mayor propensión a la agresividad. En este proceso se (re)construye además el mapa de la diferenciación sexual cuando el infante encuentra que lo masculino —a donde él ha sido empujado— es más valorado que lo femenino y girará su mirada en busca de otros varones —en primer término el padre inaugurándose así el complejo de Edipo— capaces de proporcionarle aceptación. Podemos así entender con P. Bourdieu que la virilidad o la masculinidad apropiada es «un concepto eminentemente relacional, construido ante y para los restantes hombres y contra la feminidad, en una especie de miedo de lo femenino, y en primer lugar en sí mismo» (2000: 71). La masculinidad deviene así un vacío por medio de una estrategia de identificación en negativo y en el centro de nuestro proceso de construcción de mismidad se instauro el miedo a ser vistos como aquello que precisamente reconocemos como Otro. En estos términos M. Kimmel (1994) sitúa la homofobia en el centro mismo de una masculinidad que se fragua de este modo. Son los otros varones los que en un entorno heterosexista y patriarcal pueden reconocernos como individuos. Así que, al mismo tiempo que compartimos espacios y relaciones

—hacemos de la homosocialidad una de las claves de nuestra masculinidad—, tenemos que disponer de los mecanismos oportunos de marcaje de aquello que no podemos ser. Una vez convertido el mito de la belleza femenina en estereotipo, la estrategia más efectiva de identificación pasa por oponerse a todos los rasgos de aquél en la presentación del yo en lo social. «Nunca te vistas de aquella forma [la femenina]. Nunca hables o andes de aquel modo. Nunca muestres tus sentimientos o seas emocional. Siempre estate preparado para demostrar interés sexual por las mujeres que conozcas, y de este modo será imposible confundirse acerca de ti» (Kimmel 1994: 133). Es aquí donde el miedo a la homosexualidad, que pasa a asociarse con cualquier falla en el seguimiento de estos mandatos de presentación, se convierte en el límite por antonomasia de la masculinidad.

Que los varones se hagan con su identidad en una prueba constante y visible de que no son aquello que queda del lado de lo Otro tiene una importante consecuencia para el modo en el que nos hacemos hombres. Las exigencias de una masculinidad así construida y vivida pasan por enfrentarse a la suspensión continua de la propia identidad y la necesidad constante de su reafirmación. Podemos entonces explicar desde esta lógica algunas de las formas en que «hacerse hombre» se materializa en las vidas de los varones y sus modos de relación con su entorno y que podrían contenerse en la caracterización de T. Beneke (cit. en Neff 2001) de la masculinidad como compulsión. La identidad se convierte en una demostración, en una necesidad constante de probar la propia masculinidad.

Que la dinámica de (des)identificación masculina se resuelva como una demostración tiene implicaciones para la consideración sus diatribas contemporáneas. Si la masculinidad es un esfuerzo constante, un trabajo de género que nunca se acaba, bien podemos entenderla como una *performance* en la que no somos más que copias de copias sin original en la que modelos y prácticas no son independientes, en términos de J. Butler, «la identidad original sobre la que se modela el género es una imitación sin un origen» (2001: 169); esto es, encarnamos los modelos de género por medio

de una repetición estilizada de actos y copiamos los modelos de género asumidos y expuestos por otros, que a su vez repiten e imitan unos modelos que les preexisten, y así *ad infinitum*. En este sentido, hemos interpretado la masculinidad contemporánea como una concatenación de exposiciones (García 2004, García y Casado 2008) en el que no sólo entra en liza la posición que prescribe el estereotipo ideal o el juego de las oposiciones constitutivas de la subjetividad masculina, sino que recuperamos a los agentes y sus contextos sociales. Emerge así la volición y la capacidad de agencia de los varones para abrazar o rechazar los mandatos de un modelo, pero también las transformaciones sociales que afectan al modelo y que pueden —como de hecho pasa en la actualidad— colapsar sus términos o revolverlos de tal modo que empiezan a no ser efectivos para prescribir subjetividades y órdenes sociales. Dicho de otro modo, conocer las bases históricas del estereotipo de la masculinidad y los procesos psicosociales por los que el modelo es actualizado y encarnado lejos de ser una conclusión es la base para un análisis de qué le pasa a los hombres contemporáneos; ahora disponemos de las herramientas con las que preguntarnos por cómo están enunciando la masculinidad o masculinizando (Hearn y Collinson 1994) su experiencia de sí mismos y de relación con los demás.

TENSIONES MASCULINAS EN LA MODERNIDAD TARDÍA

Tomando la masculinidad como un estereotipo de raigambre moderna que es encarnado por medio de una serie de procesos de subjetivación que protagonizan los varones a lo largo de su desarrollo psicosocial, las retóricas de la crisis pueden alcanzarse con mayor precisión. La confusión masculina muestra sus bases. Esta confusión no es individual —aunque sus efectos se aprecien en la experiencia individual de algunos varones—, como tampoco es ajena a los procesos de cambio social amplio que afectan a los parámetros de la modernidad ya que la masculinidad ha de (re)crearse en todo momento y pese a la vigencia del modelo identitario de la modernidad, el contexto social y la consideración de las desigualdades de género es bien distinta a la de hace un par de siglos. La confusión masculina señala a

una imbricación de transformaciones macro y (des) identificaciones micro en las que las relaciones de género quedan en una especie de juego de dos barajas que no comparten numeración ni figuras.

Si atendemos al desarrollo social de las últimas décadas, la transformación del proyecto moderno se hace evidente. No sólo las antiguas certezas se han hecho móviles y precarias transformando las formas de lo social y la idea que como agentes sociales tenemos del mundo que nos rodea —lo que se ha denominado la fluidificación de la vida social (García Selgas 2001)—. En el seno de esa revisión de las bases ilustradas del mundo contemporáneo, el Sujeto autónomo y racional en el que se parapetaba la moderna masculinidad se hace añicos. La precisa y feroz crítica que representan una serie de movimientos sociales y de pensamiento —la estela de las críticas y análisis feministas, postcoloniales y de las sexualidades— son un envite a toda la lógica moderna de la identidad. En la reivindicación de agencia de los grupos subalternos —una vez desconstruidas las identidades señaladas como Otras y los fenómenos de exclusión que fundamentaban— no sólo se hace evidente la implicación sociopolítica del marcaje de los Otros sino que se abre la puerta para que se evidencie el elemento no-marcado y las relaciones de poder que lo sustentan. Dicho más claro, la masculinidad es arrastrada por el colapso del Sujeto autónomo y racional de la modernidad cuando poco a poco se van haciendo evidentes sus coordenadas. Perdida la inocencia moderna que diluía la masculinidad en la concepción del sujeto universal, la marca de género amenaza con señalar a los varones en su particularidad y las masculinidades ante esa evidencia quedan ellas mismas en evidencia.

Ahora bien, la consideración de la masculinidad no ha cambiado en paralelo. Mientras la feminidad tradicional, por tomar un ejemplo, era sitiada por la multiplicación de modelos alternativos y críticos, no se puede decir lo mismo de la masculinidad. Si atendemos a los discursos sociales —recordemos el chiste cibernético que aparecía en la red, remitámonos a esa especie de lucha de los sexos a la que se reducen los debates en torno a las relaciones afectivas de varones y mujeres—, la masculinidad «es lo

que es». Partiendo, como hacemos, de un modelo dicotómico de los sexos, los procesos de revisión de este modelo son limitados y contenidos, en primer término, por la incuestionable —para los agentes— pervivencia de esta diferencia. Por más que se reconocen cambios en las relaciones de género o en las identidades y posiciones sociales de las mujeres, se mantiene intacta la creencia de una diferencia irreconciliable entre lo masculino y lo femenino que sigue operando en las decisiones cotidianas y en nuestros entornos más íntimos. Así, mientras se señala el género como variable que opera en nuestras vidas —incluso se señalan las desigualdades—, el diagnóstico no va más allá y alcanza nuestras propias subjetividades, pues la diferencia —previa e investida de certeza— es la explicación no lo que haya que explicar.

Pero aún más perverso es el efecto que tiene la abrochadura entre uno de los polos de esa dicotomía —la masculinidad— y el neutro sujeto universal-persona. En primer término, porque hace invisible para los varones su propia marca de género. Esta invisibilidad se hace evidente en el modo en el que pensamos lo que significa e implica ser varón o mujer, pues dado que la masculinidad no se entiende como una experiencia de género no es extraño que los agentes sociales piensen el género como algo exclusivamente femenino. Las consecuencias de esta borradura se dejan ver en el modo en el que estamos desplegando y entendiendo la igualdad de género y bien puede ser uno de los elementos que explique como en no pocas ocasiones la equiparación se entienda como una entrada de las mujeres a esa ciudadanía moderna que históricamente se enreda con la masculinidad. De tal modo que lo que se exige socialmente es la adecuación a una serie de valores y formas de organización de los tiempos vitales que son los de la masculinidad de la modernidad: eficacia en las lindes de la razón instrumental, militancia laboral que lleva a denostar cualquier inferencia de la esfera personal o familiar, competencia individualista como estándar de éxito. . . Las mujeres son consideradas en tanto que «personas» —evitando así cualquier referencia al género— pero a la vez ese «persona» está cargado con un modelo de masculinidad que sigue sin ser cuestionado en

tanto que invisible. Esta invisibilidad se hace si cabe más problemática cuando se atiende a los varones y sus procesos de encarnación. Pensándose como la normalidad, los varones no aprecian la dimensión genérica en sus vidas. De ahí que pese a no tener reparos en pensar a las mujeres como colectivo o hablar de «cuestiones de mujeres» —para referirse a temas tan diversos como la conciliación de la vida laboral y personal, la consecución de sociedades más igualitarias o las formas de violencia de género—, haya una verdadera resistencia para admitir la operatividad de la masculinidad e implicarse en los problemas que se derivan de la dialéctica de los géneros modernos y que pueden ejemplificarse en lo que Gallego-Díaz expone para el caso de los malos tratos. Mal preparados para hablarse como sujetos con género —incluso negando esa dimensión de su identidad— pero manteniendo la firme creencia de la existencia de una diferencia natural entre hombres y mujeres, los varones siguen manteniendo relaciones de género desiguales en las que su posición de poder queda intratada. Podemos decir, entonces, que los modelos de masculinidad son transparentes (García García 2003) para los agentes sociales que los encarnan, enfatizando así el componente no discursivo en el que se enreda la masculinidad. Las masculinidades pocas veces se cuentan a sí mismas, pero que sean invisibles no es sinónimo de inexistentes. La idea de la transparencia remite a una presencia inquietante por velada y siempre activa en la cotidianidad de los varones.

El drama de las masculinidades contemporáneas aparece en la conjugación de esta transparencia con una nueva realidad social que mal resiste los rudimentos de la componenda moderna. En el tiempo de la revisión del programa de las sociedades burguesas, la crisis de las categorías de la modernidad son el origen de esa crisis de la masculinidad. No tanto tomadas como causa y efecto, sino como elementos indivisibles que se ven abocados a una imposible reconciliación con las vidas y relaciones que decimos querer. Algo que no se percibe, difícilmente se puede manejar. De tal forma que los modelos de masculinidad aunque pocas veces se reconocen más allá de su esperpento —el fragor adolescente, la imagen popularizada del maltratador como en-

fermo mental sádico y profundamente machista—, sí que se convierten en elementos de constricción en el desarrollo de algunas facetas y experiencias vitales. Es como si la masculinidad fuera un envoltorio hasta cierto punto dúctil por lo que no notamos su abrazo que, ahora, en el momento de su revisión y deconstrucción, cuando intentamos traspasar su película, su materialidad se nos hace evidente. La masculinidad se hace dura e inmoviliza; lo transparente, como el cristal, recuerda que está ahí aunque sea por medio del topetazo. Con este modelo analítico podemos dar cuenta de las diferentes fallas en las que recalcan las subjetividades de los varones heterosexuales de clases socioeconómicas medias y que lejos de resolverse en una suerte de determinismo más bien se expresa en una multitud de formas en las que se resuelve ese ímpetu performativo consustancial a la encarnación masculina. Ahí podemos interpretar, por poner un ejemplo, el cierre hermético y tozudo de algunos varones que se aferran y defienden una posición de superioridad en las relaciones de pareja, en este caso la violencia de género puede verse como su límite más grosero en el que ante la quiebra de las antiguas posiciones se llega al ejercicio de la fuerza como expresión del dislate del antiguo equilibrio de la desigualdad. Pero también se puede dar cuenta de la confusión, no menos hermética, y el inmovilismo en el que se hallan los varones —y también las mujeres— ante la perspectiva de generar espacios de intimidad aún muy basados en los mitos del amor romántico y el orden de las posiciones del modelo moderno —el varón como activo conquistador y figura de protección— cuando éstas se quieren adaptar a una nueva realidad de igualitarismo.

¿Qué le pasa a los hombres? Ahora podemos dar una respuesta, su masculinidad —tradicional— ha quedado obsoleta (Castells y Subirats 2007) pero la dinámica de (des)identificación que la define los ha dejado pobremente preparados y maltrechos para encarar su revisión haciendo de la confusión y el conflicto las coordenadas de la hombría actual. Como explica A. Brittan (1989), «[la] crisis real de la masculinidad es que los varones han llegado a creer que la distinción entre razón y deseo, lo intelectual y el cuerpo, lo masculino y lo femenino, es

no sólo real sino también necesaria. La tragedia es que no hemos entendido la conexión entre lo personal y lo político, entre la sexualidad y el poder» (Brittan 1989: 204). En cualquier caso, las posibilidades de un modelo analítico que sitúa la crisis de la masculinidad en el contexto más amplio de la quiebra del programa de la modernidad tendrá que testarse en trabajos aplicados que devuelvan las dinámicas que aquí se han expuesto a los contextos concretos en los que se despliegan. Tomando prestada la expresión de D. Haraway (1995), sólo desde el conocimiento situado de las estrategias de (des)identificación y las relaciones en las que se fraguan ante esta quiebra se podrá avanzar en mejores diagnósticos de qué vicisitudes atraviesan la experiencia de la hombría contemporánea y cómo podemos avanzar en relaciones más plenas e igualitarias entre varones y mujeres.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BOURDIEU, P. (2000) : *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama.
- BRITTAN, A. (1989): *Masculinity and Power*. Oxford & New York, Basil Blackwell.
- BUTLER, J (2001): *El género en disputa*. México D.F., Paidós.
- CASTELLS, M. y M. Subirats (2007): *Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?* Madrid, Alianza.
- CHODOROW, N. (1984): *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona, Gedisa.
- ELIAS, N. (1987): *El proceso de civilización*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- FERNÁNDEZ-LLEBREZ, F. (2004): «¿'Hombres de verdad'? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía», *Foro Interno*, nº 4.
- FOUCAULT, M. (1968): *Las palabras y las cosas*. Madrid y México D.F., Siglo XXI.
- GARCÍA GARCÍA, A. A. (2003): «De las identidades masculinas como juegos de transparencia», *Inguruak*, nº 37: 83-96.
- GARCÍA GARCÍA, A. A. (2004): «De la posición a la exposición», *JJIS*, nº 17:1.
- GARCÍA GARCÍA, A. A. y E. Casado Aparicio (2008): «Peleano por reconocerse», en E. Imaz (ed.), *Las materialidades de la identidad*. Donosti, Ariadna.

- GARCÍA SELGAS, F. (2001): «Preámbulo para una ontología política de la fluidez social», *Athenea Digital*, nº 1.
- HARAWAY, D. (1995): *Ciencia, Cyborgs y Mujeres*. Madrid, Cátedra.
- HEARN, J. y D. L. Collinson (1994): «Theorizing Unities and Differences Between Men and Between Masculinities», en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, London & New Delhi, Sage.
- JAMESON, F. (1996): *Teoría de la Postmodernidad*. Madrid, Trotta.
- KIMMEL, M. S. (1994): «Masculinity as Homophobia. Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity», en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, London & New Delhi, Sage.
- KIMMEL, M. S. (1997): *Manhood in America*. New York, The Free Press.
- LAQUEUR, T. (1994): *La construcción del sexo*. Madrid, Cátedra.
- MOSSE, G. L. (2000): *La imagen del hombre*. Madrid, Talasa.
- NEFF, J. (2001): «Cuando Darth Vader sustituye al falo: la masculinidad como deseo reprimido», en C. Sánchez-Palencia y J. C. Hidalgo, *Masculino Plural*. Lleida, Universitat de Lleida.
- WELZER-LANG, D. (2000): «Iniciativas Europeas y Análisis de las Resistencias Masculinas a los Cambios». Conferencia recogida en www.hombresigualdad.com.
- WHITEHEAD, S. M. (2002), *Men and Masculinities*. Cambridge, Polity Press.

WEBGRAFÍA CONSULTADA

Última consulta: 01.09.2008

Búsqueda en Google «Qué le pasa a los hombres» [<http://www.google.com/search?hl=en&q=que+le+pasa+a+los+hombres&btnG=Search>]

Doctor Corazón te responde (Bitácora), «¿Qué le pasa a los hombres? (7 de marzo de 2006)» [<http://doctorcorazones.blogspot.com/2006/03/qu-le-pasa-los-hombres.html>]

Gallego-Díaz, S. (2008): «¿Qué les pasa a los hombres?», *El País*, 28 de marzo. [http://www.elpais.com/articulo/panorama/les/pasa/hombres/elpepusoc/20080302elpdmpan_5/Tes]

Slideshare, «¿Qué les pasa a los hombres al ver a una tía?» [<http://www.slideshare.net/cc.co2.vrf/que-le-pasa-a-los-hombres-al-ver-un-tia/>]

Terra.es, «Preestrenos: Qué les pasa a los hombres» [http://cine.terra.es/preestrenos/pelicula/Que/les/pasa/a/los/hombres/verFicha_146.htm]

